

## *El habitus de la femineidad y la narrativa de escritoras mexicanas contemporáneas*

CONSUELO MEZA MÁRQUEZ

*Departamento de Sociología/UAA*

### INTRODUCCIÓN

El vínculo de las mujeres con el mundo se encuentra en la reproducción biológica y social que se materializa en las relaciones de conyugalidad. El valor de la mujer radica en ser madre y esposa, aquella que no cumple con este destino es un proyecto que queda inconcluso. La familia es, pues, el espacio dentro del cual encuentra su afirmación individual, así como la institución que reproduce su relación de subordinación a través de la introyección de los roles, normas y valores que constituyen su identidad.

El sentimiento amoroso representa el espacio simbólico que permite a la mujer depositar vida, cuerpo y sexualidad al varón. Éste es la condición indispensable para que la mujer sacrifique su autonomía y su vocación de ser sin cuestionamiento y sin dolor. De ahí la importancia de estudiar el campo de las relaciones de conyugalidad y de que manera el *habitus* expresado en un *deber ser femenino* garantiza la reproducción de la familia y la sociedad y como el espacio de la literatura escrita por narradoras mexicanas contemporáneas, se encuentra proponiendo nuevos *habitus* que construyen a la mujer como un ser humano autónomo.

## EL CONCEPTO DE *HABITUS*

Bourdieu concibe la práctica de la cultura como un proceso dinámico de producción y actualización de significados. Los participantes en ella han interiorizado estos símbolos en forma de patrones (*habitus*) a partir de los cuales perciben, valoran y actúan. La construcción de la identidad en la mujer y el varón representan un ejemplo de esto. El *habitus* es una especie de principio estructurador de la vida cotidiana e integrador de los miembros de la cultura. Su esencia es proporcionar los elementos para la competencia cultural de un grupo homogéneo, como pudieran serlo el grupo de las mujeres o los varones.<sup>1</sup>

El *habitus* es la presencia activa de todo el pasado del cual es producto: el pasado actuado y actuante que produce la historia asegurando la permanencia en el cambio. De esta manera, las estructuras producto de la historia colectiva se interiorizan en el individuo bajo la forma de disposiciones duraderas que constituyen el principio de su comportamiento. En el caso de la construcción de la identidad femenina, estas disposiciones la construyen como dócil, sumisa, asexuada y dependiente en lo afectivo y económico.

En el *habitus* se aprende esa estructura generadora de prácticas que puede referirse a la cultura de una época, de una clase, de un grupo o de un género. Ésta se interioriza a través del proceso de socialización y de las agencias socializadoras que reproducen bienes simbólicos como la familia, la iglesia, la educación formal, los miembros del grupo y de un mismo género y los medios masivos de comunicación. Las prácticas se encuentran ajustadas a la estructura social de una manera unitaria y sistemática trascendiendo a las intenciones individuales o de un grupo determinado. El *habitus* posee una función asimiladora, pero es

---

1 Pierre Bourdieu, «Estructuras, *habitus* y prácticas», en Gilberto Jiménez, *La teoría y el análisis de la cultura*, COMECSO, Guadalajara, Jal., 1987. pp. 264-270.

también adaptación puesto que se encuentra en un incesante ajuste al mundo logrando con ello la reproducción de las condiciones sociales que el hombre y la mujer han construido a través de la historia, y entre estas condiciones sociales se encuentran aquellas que reproducen la situación de desigualdad y jerarquía del sexo masculino sobre el femenino.<sup>2</sup>

*El habitus* es análogo a un cuerpo socializado al que se le han incorporado las estructuras de un mundo o de un sector o campo particular de ese mundo, estructuras que dan sentido a la percepción y la acción de los participantes en éste.<sup>3</sup>

*El habitus* sistematiza el conjunto de las prácticas de cada persona, varón o mujer, y de cada grupo (estructuras subjetivas), garantizando su coherencia con el desarrollo social (estructuras objetivas) y programa aquello que van a sentir como necesario; las necesidades de una persona, clase o grupo representan la coherencia de elecciones de un *habitus*.<sup>4</sup>

Este proceso de producción y actualización de significados no es algo mecánico ni representa una posición en la cual el individuo se encuentra inerte, preso ante esas estructuras objetivas que lo determinan. Los individuos desde distintas posiciones (de clase, de género, de etnia y de los diferentes grupos a los que se integren) van apropiándose, produciendo y transformando distintos significados de lo social. Así, el dotar de significado o significación se refiere al proceso de simbolización a través del cual los sujetos dan, intersubjetivamente, un sentido a la realidad.<sup>5</sup> Las distintas posiciones orientan y dan forma o sentido a los esquemas de

- 
- 2 Pierre Bourdieu, «Modos de objetivación de la historia y de la cultura». En Gilberto Jiménez, *La teoría y el análisis de la cultura*, COMECOSO, Guadalajara, Jal., 1987. pp. 261-262.
  - 3 Pierre Bourdieu, *Razones prácticas*, Anagrama, Barcelona, 1997, p. 146.
  - 4 Néstor García Canclini, «Introducción: la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu», En Pierre Bourdieu, *Sociología y Cultura*, CONACULTA/ Grijalbo, México, 1990, p. 35.
  - 5 Rossana Reguillo, «De la pasión metodológica o de la (paradójica)

representación y acción de los individuos; y como categorías de análisis dan cuenta de cierto tipo de relación de poder, como pudiera serlo el poder que los varones ejercen sobre las mujeres en un orden social androcéntrico (estructuras objetivas).

En otras palabras, la relación entre estructuras objetivas y subjetivas expresada por los marcos constrictivos del contexto social y el margen de indeterminación de actuación de los sujetos sociales (capacidad de negociación, e inclusive oposición) da lugar a un proceso de producción de significados.<sup>6</sup>

Bourdieu considera su propuesta como disposicional, puesto *que toma en consideración las potencialidades inscritas en el cuerpo de los agentes y en la estructura de las situaciones en las que éstos actúan o, con mayor exactitud, en su relación.*<sup>7</sup>

El análisis del mundo de lo social, por tanto, sólo es posible partiendo de una realidad empírica, *históricamente situada y fechada.*<sup>8</sup> El análisis proporcionará las propiedades de un grupo en un período específico debido a su posición particular en un espacio social, lo que influye en el acceso a ciertos bienes, recursos y prácticas sociales (capital). También relacionará las posiciones sociales, las disposiciones o *habitus* y las tomas de posición o elecciones de los agentes sociales en los diferentes campos.<sup>9</sup>

El espacio de las posiciones sociales se traduce en un espacio de tomas de posición a través del espacio de las disposiciones o de los *habitus*.<sup>10</sup> Así, a cada posición corresponde una clase de *habitus* o aficiones o disposiciones.

---

posibilidad de la investigación», En Rebeca Mejía Arauz y Sergio A. Sandoval. *Tras las vetas de la investigación cualitativa*, ITESO, Jalisco, 1998, p. 21.

6 *Idem.*

7 P. Bourdieu, *Razones prácticas*, 1997, p. 7.

8 *Idem*, p. 12.

9 *Idem*, pp. 11-17.

10 *Idem*, p. 18.

El *habitus* tiene, por tanto, una función unificadora que da cuenta de la unidad de prácticas y bienes de un agente singular o de una clase de agentes; traduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un conjunto de elecciones que los agentes realizan respecto a personas, bienes y prácticas.

Pero también es generador de prácticas diferenciantes, esto es, distintas y distintivas. Representa categorías o esquemas clasificatorios, principios de visión y de división, y aficiones diferentes. Establecen diferencias entre lo que es bueno y malo, lo que es vulgar o distinguido, pero éstas no son las mismas diferencias para todos, lo que puede estar bien para un agente puede no serlo para otro. La importancia de estas categorías sociales de percepción y principios radica en que las diferencias en las prácticas, en los bienes poseídos y en las opiniones expresadas se convierten en diferencias simbólicas que constituyen un verdadero lenguaje. Las diferencias asociadas a las diferentes posiciones sociales (bienes, prácticas y maneras de hacer) constituyen diferencias en los sistemas simbólicos que se expresan en rasgos o signos distintivos de un grupo específico.

Esta diferencia o propiedad distintiva sólo es socialmente pertinente si es percibida por un agente que es capaz de establecerla, ya que al pertenecer a un espacio o campo determinado está dotado de los esquemas clasificatorios y categorías de percepción que le permiten establecer distinciones. La diferencia se convierte en signo al aplicarse esos principios de visión y división que son producto de la incorporación de las diferencias objetivas a la estructura social.<sup>11</sup>

*Habitus*, campo, capital se encuentran en una relación de doble sentido entre las estructuras objetivas dadas por los campos sociales y las estructuras incorporadas a través de los *habitus*.

---

<sup>11</sup> *Idem*, pp. 18-21.

## EL CONCEPTO DE CAMPO

El *habitus* se da en el contexto de un determinado campo particular (política, religión, filosofía, ciencia, arte, etc.), entendiéndose por campo el espacio de relaciones objetivas entre individuos o grupos que compiten por la apropiación de un capital (conocimiento, habilidades, creencias) en la prosecución de objetivos e intereses comunes.

El espacio social o campo es una realidad invisible que organiza las prácticas y representaciones simbólicas de los agentes; representa un espacio de diferencias que da lugar a divisiones entre agentes que construyen individual y colectivamente el mundo social en función de su posición respecto a las diferentes especies de capital. De esta manera el espacio social se define como la estructura (objetiva) de las diferentes especies de capital y ordena las representaciones de ese espacio y las tomas de posición (construcciones subjetivas) en la lucha para conservarlo o para transformarlo. La lucha se da en el nivel de lo simbólico y tiene un efecto político: el imponer una visión del mundo social y una manera de construir a éste en la percepción (espacio simbólico) y en la realidad empírica (espacio social).<sup>12</sup> El espacio social o campo se constituye a partir de las posiciones de los agentes en función de dos principios básicos de diferenciación: el capital económico y el capital cultural. Los agentes tienen acceso a un volumen global del capital que surge de la mezcla del capital económico y cultural; la estructura del capital está dada según el peso relativo del capital económico y del capital cultural en el conjunto de su patrimonio; y según la evolución en el tiempo de las dos dimensiones anteriores.

El campo o estructura objetiva ordena el espacio de las posiciones ocupadas en éste, el espacio de las disposiciones

---

<sup>12</sup> *Idem*, pp. 21-26.

(*habitus*) o representaciones que los agentes sociales tienen de él y el espacio de las tomas de posición de sus ocupantes. Este espacio agrupa a los agentes en conjuntos lo más homogéneos posibles respecto a sus condiciones materiales de vida y respecto a sus prácticas culturales, sus consumos y sus opiniones respecto a los diferentes campos<sup>13</sup>. Los agentes tienen más afinidad entre sí cuanto más próximos se encuentren respecto al acceso en ambas dimensiones.

La primera dimensión es la más importante y los poseedores de un importante capital económico (empresarios y miembros de profesiones liberales) se oponen globalmente a los que carecen de capital económico y cultural (obreros no calificados); pero también puede darse el caso de una fuerte oposición entre los catedráticos universitarios poseedores de un patrimonio más rico relativamente en capital cultural que económico, y los empresarios más ricos relativamente en capital económico que cultural. Las oposiciones surgen de diferencias en las disposiciones y, consecuentemente en las tomas de posición entre los intelectuales y empresarios, o, entre los maestros y los pequeños empresarios del comercio. Estas oposiciones, por ejemplo, llevadas al campo de la política se traducen en una probabilidad a inclinarse hacia actitudes conservadoras o hacia actitudes de vanguardia.<sup>14</sup>

Existe otro principio de diferenciación o especie de capital cuya distribución desigual origina diferencias en la distribución de poderes, privilegios y estilos de vida. Este principio funciona cuando las otras formas de acumulación se encuentran en condiciones similares entre los participantes de un espacio social o campo determinado. Un ejemplo de ello pudiera ser la sociedad soviética y sus pretensiones igualitarias<sup>15</sup> en la utopía socialista

---

<sup>13</sup> *Idem.*, pp. 28-29.

<sup>14</sup> *Idem.*, pp. 18-19.

<sup>15</sup> *Idem.*, p. 30.

caduca, que fuera conocida como el socialismo real; otro pudiera serlo la familia y las relaciones de pareja.

El espacio define distancias que son predictivas de encuentros afinidades, simpatías y deseos. Las personas poseedoras de un gran volumen de capital tienen pocas probabilidades de establecer relaciones afectivas, de amor o amistad, con aquellas que no lo poseen. Primero, porque tienen pocas probabilidades de encontrarse físicamente y en segundo lugar, porque si por accidente u ocasionalmente lo hicieran no se entenderían y no se gustarían mutuamente. Por el contrario, la cercanía en el espacio social de un grupo restringido, representa similitud en cuanto a propiedades, disposiciones, e intereses, gustos y aficiones asociados a sus posiciones, lo que se traduce en compartir un proyecto (con las normas, roles y valores implícitos) y a reconocerse en el otro.<sup>16</sup>

En tal caso, en una relación de pareja en la que ambos miembros ostentan una situación similar en cuanto a acceso al capital económico y cultural, es el capital político el que define el poder que los varones tienen para imponer su visión del mundo colocando a la mujer en una situación de subordinación. En la división sexual del trabajo en el ámbito familiar es el varón el que representa la autoridad y el que usufructúa el capital económico acumulado, frecuentemente de ambos miembros de la pareja, quedando la mujer como transmisora y administradora del capital cultural familiar.

Por otro lado, señala Bourdieu, el campo del poder (que no debe confundirse con el campo político) no es un campo como los demás; es el

espacio de las relaciones de fuerza entre los diferentes tipos de capital, entre los agentes que están suficientemente provistos de uno de los diferentes

---

<sup>16</sup> *Idem*, pp. 21-48.

tipos de capital para estar en disposición de dominar el campo correspondiente y cuyas luchas se intensifican toda vez que se pone en tela de juicio el valor relativo de los diferentes tipos de capital.<sup>17</sup>

Esto es, cuando el equilibrio del campo se encuentra amenazado.

En todo campo actúan dos posiciones, los que detentan el capital y quienes aspiran a poseerlo.<sup>18</sup> Los que monopolizan el capital son aquellos que detentan el poder y representan la autoridad del campo, aquellos que en la defensa del capital adoptan estrategias de ortodoxia. Los que pretenden apropiarse del capital (los recién llegados al campo y/o los jóvenes que están luchando por su espacio dentro del campo) adoptan estrategias de subversión, pero siempre dentro de ciertos límites ya que de otro modo se corre el riesgo de ser dejado fuera del campo. Esto es así porque todos los que participan en un campo tienen un conjunto de intereses comunes y una creencia en el valor de ese juego que subyace a los antagonismos o conflictos, es esta lucha la que permite la reproducción del juego o dicho de otra manera la actualización del *habitus* y con ello la transmisión del capital acumulado en el campo de que se trate. Este capital acumulado en luchas anteriores orienta las luchas posteriores.<sup>19</sup>

Lo que está en juego en el enfrentamiento es la lucha por ocupar posiciones dominantes en el campo de que se trate por parte de aquellos que por ser dueños de un vasto capital cultural o económico consideran que tienen el derecho; o también, la conservación o transformación del valor relativo de una especie determinada de capital en la estructura global del capital. En ambos casos, las fuerzas pueden ser de orientación conservadora y pretender reproducir el campo social de que se trate; o pueden

---

<sup>17</sup> *Idem*, p. 50.

<sup>18</sup> N. García Canclini, *op. cit.*, p. 19.

<sup>19</sup> P. Bourdieu, *op. cit.*, 1990, pp. 135-141.

pretender transformarlo en un campo con un *habitus* diferente no sólo entre los agentes sino al conjunto de las instituciones.<sup>20</sup> Esta situación a largo plazo llevaría a la transformación del conjunto de la sociedad.

#### EL HABITUS Y EL CAMPO DE LAS RELACIONES DE CONYUGALIDAD

Las relaciones de conyugalidad pueden ser analizadas desde esta perspectiva, porque desde la pertenencia a un grupo o clase social se establecen los atributos que deben de poseer los integrantes de la pareja para que sea una unión aceptable desde el punto de vista institucional: se aprecia y ama lo que se ha aprendido como valioso y digno de ser amado. Asimismo, el sentimiento amoroso representa el medio a través del cual dos personas de distinto sexo se unen para dar origen a una familia. El género entendido como las construcciones sociales de femineidad y masculinidad expresan ciertas disposiciones que orientan en su actuación a las personas de ambos sexos y que al ser analizados como conceptos ideológicos expresan la condición y producto, causa y efecto de la desigualdad<sup>21</sup> y esa relación de subordinación y dependencia de la mujer hacia el varón.

El campo es el de las relaciones amorosas, el objetivo es el matrimonio como medio institucional que da origen a la familia, y el capital se refiere a los valores morales y religiosos que garantizan la pureza de la mujer y el cumplimiento de su rol como madre-esposa, y a los agentes e instituciones transmisores de éstos. Ésta es una condición importante pues es ella la encargada de transmitir a los hijos las normas, valores y metas del grupo social de pertenencia. Es la madre la administradora o usufructuaria del capital cultural.

---

<sup>20</sup> P. Bourdieu, *op. cit.*, 1997, p. 51.

<sup>21</sup> Reguillo, *op. cit.* p. 21.

El conflicto entre los que detentan el capital y los que aspiran a poseerlo se establece en dos niveles. En un conflicto entre los sexos ya que el varón es concebido social y culturalmente como el patriarca por su papel de agente proveedor y protector de la familia, que ostenta la autoridad por ser el responsable ante la sociedad respecto al grupo familiar; y en las instituciones encargadas de mantener en el nivel de los significados simbólicos esta relación de sujeción.

El conflicto se expresa en la lucha de resistencia de las mujeres; en la voluntad, explícita o no, por romper el cerco de la dependencia tanto material como afectiva, en la capacidad de resignificar los símbolos tradicionales de tal manera que le permitan accionar sobre su mundo en el camino hacia la autonomía, de ser ella la que ostente la capacidad para establecer su propia concepción de identidad de mujer, de fijar sus metas y límites, y de soñar sus propias fantasías.

La lucha entre los dueños del capital y los que pretenden alcanzarlo es la que permite la actualización del *habitus*, la que permite actualizar ese pasado que ha dado forma y contenido al capital y que a los recién llegados al campo les toca reproducir actualizándolo conforme al contexto presente. Por ello, en el caso de las relaciones amorosas, la transgresión es limitada, la mujer al convertirse en esposa y madre reproduce la concepción aprendida de identidad. La que va más allá, se encuentra con la soledad como castigo por la subversión.

A pesar de las transformaciones sociales y económicas que podrían hacer suponer modificaciones respecto a la concepción de mujer y del deber ser femenino, esto no es así: el *habitus* se actualiza, se va adaptando a las condiciones concretas del contexto histórico de que se trate y permite la reproducción del conjunto de normas, reglas y valores que la hacen apta para el cumplimiento de sus roles de esposa y madre, como son: la virginidad y asexualidad sustentadas por valores religiosos; una ética de sufrimiento expresada en valores de resignación, obediencia y

sumisión; y la dependencia expresada en el verse vista a través de los ojos del esposo y los hijos.

La sociedad se moderniza pero el *habitus* se reproduce. Se transforma el ámbito de lo público, de la producción social, de la política, y de la cultura; sin embargo, las concepciones de lo que significa ser mujer se han reproducido legitimando el espacio de lo doméstico como el lugar donde la mujer cumple sus tareas de reproducción biológica y social, en el espacio privado de los afectos y la subjetividad. Esas concepciones construidas social e históricamente (*habitus*) son transmitidas de generación en generación por las madres y reforzadas por diferentes instituciones socializadoras como la familia, escuela, iglesia, grupos de pares y otras. De esta manera las mujeres aprehenden el adecuado desempeño sin preguntarse el porqué de la expropiación de su cuerpo, de su sexualidad y de su autonomía.

El sentimiento amoroso mediatiza una relación que de otra manera sería vivida como violencia. El *habitus* actualiza esa concepción de la identidad femenina, las normas, valores y maneras de hacer en lo público y lo privado que la reproducen como ser dependiente, privándola de su capacidad para perseguir su vocación de ser y construirse como persona.

Otra manera de ser mujer, con características de autonomía y valores derivados de una ética de gozo, implicaría otra organización de la estructura social, y la redefinición de papeles sociales de mujer y varón que aún no ha sido construida, pero que ha provocado, ya, cambios en el imaginario simbólico, ese espacio subjetivo donde se sintetizan el pasado, el aquí y el ahora, y los sueños sobre el futuro. Este espacio de la utopía, de la reformulación de estructuras objetivas y disposiciones subjetivas para la actuación, se encuentra ya en el campo del arte y concretamente en la literatura contemporánea de mujeres.

Este texto se propone el análisis de las relaciones amorosas y concretamente el de las relaciones de conyugalidad tomando como concepto heurístico el *habitus* de Bourdieu y como *corpus* la novela

*Arráncame la vida*, de Angeles Mastreta (1985) y el cuento «La tormenta» (1992), de Ángela Molina. Se parte de la afirmación de que las autoras están proponiendo en su escritura construcciones de identidad de la mujer que rompen con la dependencia respecto al varón, y sus posiciones y elecciones las han colocado al margen de la estructura social: el castigo es la soledad. Sin embargo, las protagonistas resignifican el contenido del concepto y lo viven como un proceso gozoso que les permitirá construirse como mujeres en su plena humanidad. Al elegir la libertad de manera consciente y voluntaria, y al asumir la responsabilidad de sus elecciones se inicia un proceso de negociación entre las estructuras objetivas y las disposiciones subjetivas, que pueden dar lugar a una construcción alternativa de sociedad con nuevos *habitus* derivados de concepciones alternativas de femineidad y nuevas relaciones entre los sexos basadas en la equidad. Lo anterior reformularía de manera radical un orden social en el que el concepto del poder mismo (capital político) tendría que ser redefinido en base a una distribución más equitativa de las otras dos formas del capital en el campo de las relaciones de conyugalidad. Lo anterior tendría repercusiones no sólo en el ámbito de la familia sino que el aprendizaje de los nuevos *habitus* sería aplicado por los agentes a las otras instituciones que integran el conjunto del espacio social.

En la escritura de las autoras seleccionadas se encuentran los ingredientes de una nueva identidad femenina que transgrede al *habitus* tradicional de femineidad como *ser para otros*, construyendo una nueva imagen de mujer con características de autonomía y de reapropiación de su cuerpo y sexualidad, ello lleva consigo nuevos *habitus* (códigos éticos y morales, otras aspiraciones, ideales y afinidades) y elecciones.

La identidad y subjetividad de las protagonistas presenta características mezcladas de la noción tradicional de femineidad con otros rasgos que representan nuevas maneras de ser mujer. Las protagonistas son mujeres que se debaten entre seguir la

seguridad de los caminos comunes del *ser para otros* o perseguir su vocación de constituirse como sujetos.

En el análisis de los textos se enfrentan las características que a partir de la concepción tradicional de femineidad constituyen el arquetipo de la identidad femenina con la resignificación que las protagonistas realizan de éstas y el sentido que ello imprime en su actuación. Así, a partir de la experiencia particular de las protagonistas se reconstruirá el contenido de su identidad respecto a la maternidad, el uso que hacen de su cuerpo y cómo asumen su sexualidad; y, si al enfrentar su propia experiencia con la ideología de la femineidad vigente surge un conflicto, cómo se ven a sí mismas dentro de éste y cómo lo resuelven dando lugar a la actualización del *habitus* o al surgimiento de un nuevo contenido.

En la literatura de mujeres, las autoras están expresando cómo se ven a sí mismas en una cultura que ha construido el *habitus* de la femineidad como el de un *ser para otros*, usufructuaria de un capital cultural que es a la vez causa y efecto de su negación como agente productivo y por tanto del limitado acceso al capital económico. En la lucha por definir los contenidos de su propia condición de identidad es necesario determinar cómo viven las expectativas vinculadas a su rol bajo el *habitus* tradicional del *deber ser femenino* y cuáles son los problemas, los fracasos y los éxitos a los que se enfrentan en la lucha por el acceso al capital económico y en la reubicación o redistribución del capital cultural, esto es, en la búsqueda de una nueva manera de ser mujer. La construcción de un nuevo *habitus* implica el tomar conciencia de su colocación en el campo y lo que hace que su desempeño sea valorado como deseable o adecuado es precisamente lo que la coloca en situación de marginación, lo que produce esa relación de dependencia económica y afectiva respecto al varón y la subordinación al poder masculino. La decisión de elegir para sí implica nuevas disposiciones para la acción. Es asumir la legitimidad de realizar la vocación humana de construirse como sujeto de deseo, con el derecho a fijar los límites de actuación y

decidir sobre los procesos que se dan al interno de su cuerpo, incluyendo la expresión de la sexualidad.

Es un proceso gozoso pero también doloroso porque se desconocen las posibles consecuencias o precio a pagar por transgredir el *habitus* tradicional de femineidad. La lucha por el capital, se expresa en una lucha entre la dependencia y la autonomía y se traduce en una rebelión en la relación de pareja y en la relación con las estructuras objetivas que no es lineal sino que se sufren frecuentes recaídas en el sometimiento. La dependencia representa los caminos comunes, la consagración del *habitus*. La autonomía se refiere a un nuevo *habitus*, a otra manera de ser mujer que se expresa no sólo en la relación consigo misma, con otras mujeres, y con las instituciones que reproducen su condición de subordinación, sino también en las relaciones entre los sexos.

Lo anterior lleva a otra forma de sociedad basada en principios de equidad, respeto y tolerancia; a la modificación de esas cuatro esferas sobre las que descansa la desigualdad de la mujer: el derecho al gozo y la sexualidad, el control sobre el propio cuerpo y la capacidad reproductiva, el derecho a disfrutar de los frutos del propio trabajo y de la capacidad de creación, y la redefinición de los contenidos e instituciones a través de las cuales se dan los procesos de socialización que reproducen el *habitus* de la femineidad.

Se analizará a las protagonistas en los distintos contextos de interacción y el acceso al poder con que cuenta en cada uno de ellos. El poder se encuentra referido a la capacidad de establecer sus propios significados en relación con las cuatro esferas mencionadas. Surge entonces la cuestión de si esta resignificación le permite actuar activamente y de qué manera, en la construcción de contenidos alternativos de identidad, y si estos contenidos dan lugar a una mera actualización del *habitus* o a nuevos *habitus* o maneras de ser mujer y, finalmente, si el tipo de relaciones planteadas modifica su

subjetividad, la relación con otras mujeres y las relaciones entre los sexos.

#### *ARRÁNCAME LA VIDA*

La novela cuenta la historia de Catalina, una mujer poblana que siendo prácticamente una niña, es «robada» a la vieja usanza por un general que tiene más de treinta años, ella, menos de quince. Catalina nació en el medio campesino poblano en una familia de origen humilde pero sin carencias económicas que aparentemente no sólo no hace distinción entre las hijas y los hijos, sino que son ellas por ser las mayores las que gozan de ciertos privilegios que los pequeños no tienen. Aparentemente, Catalina, la menor de las hijas, es la consentida del padre. Catalina creció libre, subiendo a los árboles y observando el apareamiento y alumbramiento de los animales como algo natural. Terminó la primaria como era la costumbre para las mujeres y acudió unos años becada a un colegio clandestino de monjas salesianas pero como era la época de la prohibición del culto no obtuvo ningún diploma. Aprendió algunos conocimientos de historia sagrada, gramática, una mediana caligrafía y elaboró varios manteles de punto de cruz. Al terminar su educación formal, su madre le enseñó los oficios de lo que se considera una excelente ama de casa. Este es el bagaje de conocimientos, el capital cultural que ella lleva consigo cuando el general Andrés Ascencio, días después de habérsela robado y llevado a la playa, habla con el padre y se decide el casamiento civil.

El general Ascencio es un hombre que desde niño tuvo que trabajar para poder sobrevivir, aún así, su infancia estuvo llena de carencias económicas y afectivas. El general era un hombre violento, sin escrúpulos y con fama de asesino, que hizo carrera política y fue gobernador de su estado. Un hombre rico y poderoso. Este es el capital económico y político del que es dueño.

La novela es la lucha de Catalina por construirse una identidad como mujer autónoma, por romper esa dependencia afectiva que

la construye como carente de poder.

Catalina presenta una identidad fragmentada. Por un lado, inicialmente acepta, sin cuestionar, el *habitus* del deber ser femenino, incluso de una manera gozosa pues está acostumbrada a la protección del varón, primero del padre y ahora del marido. Así decide tomar clases de cocina y se dedica a satisfacer las necesidades emotivas y eróticas del marido, y a cerrar los ojos ante sus amoríos. Era feliz con ese hombre que le cumplía sus caprichos y la trataba como a una niña.

Pero por otra parte, los contenidos de identidad respecto a la concepción del cuerpo y la sexualidad son decididamente transgresores. Catalina no tiene una visión del erotismo como algo pecaminoso y sucio. El momento de la iniciación sexual-genital le resulta sorprendente pero no lo rechaza. Inicialmente le pide a Andrés que la enseñe a sentir y cuando éste le dice que eso no se aprende sino que se siente, Catalina percibe que el aprendizaje de su cuerpo y el contacto con la propia piel y sensaciones no es algo que se pueda obtener del varón y acude a otra mujer, una gitana, quien le enseña a reconocerse. Así, por medio del autoerotismo aprehende su sensualidad. Las mujeres aprenden la sexualidad a partir del compañero, éste las inicia y les «enseña» pero a partir de las necesidades y fantasías del varón, no de la mujer. Por tanto, la iniciación y aprendizaje del erotismo es uno de los roles del varón que Catalina trastoca.

Catalina no es una mujer asexuada sino que disfruta profundamente de su cuerpo y de las sensaciones provenientes de éste. Su sexualidad es transgresora ya que se supone que el placer sexual debe de estar encaminado a la procreación, no es el gozo como fin en sí mismo sino que debe tener como objetivo la maternidad. Ella disfruta de la relación con el marido, y cuando éste se aleja durante el primer embarazo, tiene una relación extramarital con un amigo del colegio, pierde con ella su virginidad. Ella es todavía una esposa-adolescente. Como adulta tiene amantes, y tiene uno al que ama profundamente. Por primera

vez pone a prueba los límites de su cuerpo y de su actividad e inicia un proceso de diferenciación respecto al marido permitiéndole conocer el poder que también ella ejerce sobre el marido, sin embargo no negocia con el marido sino que lo desafía.

Catalina se enfrenta ante el conocimiento de que el violentar las normas y reglas sociales que constituyen el capital lleva consigo un castigo pero no por parte de Dios, ni de la sociedad, sino de ese hombre que puede llegar al crimen por sentir agredidos sus derechos de amo y señor. Resignifica así los contenidos y los símbolos que hacen al *habitus* y vive la relación con plena conciencia y miedo.

Con el asesinato del amante por parte del marido, ella se repliega, se aísla y se sumerge en su dolor pero no de manera definitiva sino para rescatarse a sí misma y reconstruirse. En esta lucha por el capital que se establece entre Catalina y Andrés, es ella, a la larga, la ganadora.

Catalina se involucra en una nueva relación en la que, conforme al código sexual que rige a los varones, logra separar el amor del erotismo, desafiando doblemente el *habitus*. La vive abiertamente, sin temor, y sin desarrollar lazos de dependencia emocional respecto al amante. Fuerte y dueña de sí, distinta. Negocia su independencia económica y de pareja con el marido. Poseedora ahora de su propio capital económico, establece los límites de la relación. Manda abrir una puerta entre la recámara común y la de junto y se cambia. A veces Catalina dormía con la puerta cerrada y Andrés nunca le pidió que la abriera; cuando la puerta estaba abierta, él iba a dormir con ella. No vigilaba sus entradas ni salidas y a veces la puerta permanecía cerrada por semanas. A veces como quien visita a un abuelo, Catalina tomaba té con Andrés en las mañanas. Su vida es un ir y venir entre la seguridad y, hasta cierto punto, la tranquilidad que le ofrecen los nuevos términos de la relación con el marido. Se reconcilia, le tiene cariño y ya viejo, se dedica a cuidarlo y a prestarle el apoyo emotivo que éste requiere.

Como esposa, el *habitus* se ha modificado y propone una concepción de mujer libre, dueña de su cuerpo y sexualidad; bienes simbólicos del varón. En esa lucha por el capital, el poder del marido se ve disminuido por la diferencia de edades entre ambos y porque prácticamente se ha retirado de la actividad política. Catalina negocia con el marido pero no lo hace con el conjunto del contexto social.

Como madre, Catalina también violenta el *habitus*: los embarazos representaban una pesadilla, rechazaba los cambios de su cuerpo y se sentía poseída por un ser extraño a ella, le pesaba ese proceso en el que su cuerpo se volvía ajeno a ella, un momento en el que el conjunto de decires al respecto señalan que es el estado ideal de la mujer, el momento en el que ella se siente plena llegando incluso a señalar que la depresión después del parto se debe a la pérdida de ese estado similar a la beatitud. Después de dos hijos, controló su fecundidad y ello representa un nuevo desafío al *habitus* frente a símbolos institucionalizados que construyen a la mujer como abnegada y sacrificada, una que no busca la satisfacción propia y personal sino que debe obtenerla a través de la mirada de los hijos y del esposo. Pero también un desafío ante esos símbolos materializados en asexuadas vírgenes-madonas que expresan una sexualidad para la procreación.

Respecto a la crianza de los hijos, en cumplimiento del *habitus*, inicialmente fue una madre obsesiva, volcada al cuidado de los hijos, se pasó cinco años aburrida entre el amamantamiento, los pañales y la cocina. Cuando crecieron los hijos se convirtieron en su pasión y entretenimiento, supervisaba su alimentación, jugaba y pasaba las tardes con ellos y la puerta de su habitación siempre estaba abierta para ellos. Asimismo, fue una amiga para los hijos e hijas que Andrés le fue entregando a lo largo de la novela, llegando incluso a aceptar el enamoramiento y vida en común de dos de ellos, Marcela y Octavio.

Sin embargo ante la evidencia de las verdaderas actividades del marido ella se niega a fungir como usufructuaria del capital

cultural. Se da entonces un proceso de diferenciación y Catalina busca ser reconocida, amada u odiada por sí misma y no por su relación con el marido. Lo anterior, aunque de manera incipiente, apunta hacia la autonomía.

Catalina empezó a cambiar. Primero cerró el capítulo del amor maternal, en un intento de mantener aislados a los hijos de las actividades del padre, destinó una parte de la casa para uso exclusivo de la pareja y relegó el cuidado de ellos en la servidumbre; posteriormente, la experiencia de profundo amor hacia el amante le permite recuperar el contacto íntimo con los hijos, pero ya sin esa dependencia o necesidad de verse reflejada constantemente en los ojos de los otros. Después quiso saber de los negocios del marido y lo enfrentó, negándose por primera vez a tener contacto sexual-genital. Sin conciencia de ello, al negarse a ser la administradora del capital cultural que es el que, por la división de roles, le corresponde a la mujer y al iniciar la lucha por el capital económico, que es territorio del varón, estaba dando los primeros pasos hacia la construcción de una nueva identidad, de un nuevo *habitus* en el que ella ya no desea continuar cumpliendo con los estereotipos y expectativas del rol, e intenta edificarse una nueva identidad (*habitus*) que le permita conciliar ese conflicto entre la objetividad (un contexto social androcéntrico) y la subjetividad (la resignificación que Catalina realiza de los símbolos institucionalizados y que orienta su actuación). Catalina busca llenarse de sí misma y recrear sus propios sueños; lucha por imponer los propios significados a esos símbolos institucionalizados que la atan. Es una lucha por el poder y por la redistribución del capital económico y cultural en la estructura global de éste y finalmente es una lucha por defender una visión del mundo más equitativa y justa que le permita realizarse como persona autónoma y no como ser dependiente.

La protagonista, hasta cierto punto, tiene control sobre su cuerpo. Rechaza las concepciones de la maternidad y del amor maternal como instintivos, así como la imagen de la madre sin

vida propia, abnegada y sacrificada. Controla su maternidad y desafia el rígido código moral que se adscribe a la mujer.

Las crisis de Catalina, aún las que son producto de la maternidad, son genéricas puesto que representan un cuestionamiento de sí misma como subordinada, como atrapada en una telaraña que rechaza.

El personaje de Catalina es transgresor, pero no por violar las normas morales, sino porque reivindica el derecho de la mujer sobre su propio cuerpo, a experimentar gozosa y libremente su sexualidad, sus deseos y sensaciones. Tiene el valor de exponerse a la vida, lo hace dentro del marco de una libertad limitada por la pertenencia a un estrato social, pero, siempre, violentando el marco de su condición genérica. Los límites, producto de su situación de clase, son conscientes, los acepta y utiliza manipulando el mundo objetivo. La lucha por modificar una situación producto de su condición de mujer es inconsciente, ha roto con el *habitus* y la consecuente concepción de identidad como *ser para los otros*, se convierte en dueña de su cuerpo y experimenta la sexualidad como fuente de placer y de energía vital, pero no logra resolver el conflicto, la única solución para que Catalina realice esa vocación de constituirse como sujeto radica en la muerte del marido. La decisión por la autonomía debería llevar consigo la superación de los obstáculos y no la destrucción de los mismos. Sin embargo, ubicándola en el marco sociohistórico en el que Catalina se desenvuelve una separación formal o divorcio no era posible. Catalina es una mujer que, por el matrimonio con el marido, pertenece a la clase gobernante del periodo 1920-1946.

Con la muerte del marido viene la conciencia de su libertad: Cuántas cosas ya no tendría que hacer. Estaba sola, nadie me mandaba. Cuántas cosas haría, pensé bajo la lluvia a carcajadas. Sentada en el suelo, jugando con la tierra húmeda que rodeaba la tumba de Andrés. Divertida con mi futuro, casi feliz.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> Ángeles Mastreta, *Arráncame la vida*, México, Océano, 1985. p. 226.

A lo largo de la novela se encuentra un permanente juego de negociación entre la subjetividad e identidad de Catalina con el contexto social. Catalina es una mujer sumamente libre que finalmente logra negociar esta libertad con el marido, ya viejo, recibiendo la amorosa gratitud de éste. Se desarrolla entre ambos una relación de amistad, de compañía y de admiración de él hacia ella por ese valor de exponerse a la vida que él reconoce sólo en los varones.

La novela produce una sensación de gozo y complicidad en las lectoras, ni Catalina se asume transgresora, ni la autora la construye como tal. Por otro lado, esa sensación de bienestar con que esta novela es leída por mujeres y hombres, muestra que el imaginario simbólico y el *habitus* respecto a las construcciones de varón y mujer y a las relaciones entre los sexos se está transformando; ese imaginario donde no existen fronteras temporales y el pasado, presente y futuro se sintetizan.

Por otro lado, el texto hizo ruptura respecto al escribir desde el cuerpo y la piel de una mujer: sus sueños, aspiraciones y fantasías. No es que antes no se diera este tipo de escritura; la novedad radica en que los personajes femeninos, no sólo Catalina, no se hacen las víctimas, sino que ponen el acento en el gozo de ser mujer, en las estrategias de las mujeres para encontrar dentro de un *habitus* que rige a la condición femenina, un espacio para recrearse mujeres de otra manera, se puede observar también el poder que las mujeres despliegan desde su cuerpo. La novela hace hincapié en el acompañamiento entre las mujeres, rescata la gran riqueza y regocijo de una relación entre mujeres que comparten sus experiencias y que al hacerlo no juzgan la bondad o maldad de ciertas acciones sino que se apoyan mutuamente en esa búsqueda de alternativas, de soluciones o de consuelo. Catalina nunca se encuentra sola, la presencia de otras mujeres es importante en su vida, ya sea para brindar o para recibir apoyo de ellas. Más allá de las diferencias de clase, la autora establece una relación de hermandad y complicidad entre las mujeres. En

todo momento, se encuentra al lado de Catalina una mujer amiga, y de igual manera se le ve a Catalina apoyando a otras mujeres: sus hijas, las hijas del marido, las esposas y amantes de los generales o políticos amigos del marido, con las mujeres del servicio. Existe una relación de solidaridad esperanzadora como trasfondo de la novela, lo que hace posible observar una transformación de la ética de sacrificio que rige a las mujeres por otra incipiente de gozo y plenitud. Por otra parte, la novela también ofrece una visión, a veces compasiva, otras burlona, del *habitus* del varón. Lo anterior daría lugar a nuevas formas de capital de un nuevo *habitus*.

A partir de *Arráncame la vida*, muchas mujeres empezaron a buscar afanosamente textos de escritura femenina, escudriñando en ellos quizá sin saberlo, por ese *habitus* que expresa otra manera de ser mujer.

#### LA TORMENTA

Magdalena es una mujer libre e innovadora de 32 años. El contexto es el de la sociedad actual, no hay referencias a su familia o su pasado, como tampoco las hay de su relación con otras mujeres, en el relato es como si no existieran.

Magdalena es compositora de música electroacústica, un género que no ha sido incorporado al *habitus* tradicional del campo del arte musical en México y requiere de libertad para la creación. El eje conductor de este cuento es la autonomía, el deseo de Magdalena de construir para sí una vida diferente al de otras mujeres que probablemente casadas se encuentran con maridos ausentes o con novios que las abandonan. Vive sola por propia elección, disfruta de esa soledad que le permite la creación artística y decidir sobre sus propias metas y manera de relacionarse con los demás, con *el otro* y con ella misma. Tiene dos amigos con los cuales convive en su tiempo libre, pero es Magdalena la que establece su propio ritmo de trabajo y la

dinámica de su vida cotidiana; ello implica una resignificación del concepto de ser relacional sin que implique el diluirse en las necesidades de otros. En la búsqueda personal de sus aspiraciones está desafiando el contenido del *habitus* del deber ser femenino (no es madre, no es esposa) y del capital y las correspondientes concepciones de lo que es apreciado y aceptable en las mujeres. Magdalena es poseedora de un vasto capital cultural, entre sus bienes se encuentra el acceso a becas que le han permitido estudiar en el extranjero, ejemplo de ello es el Curso Internacional de Verano organizado por la Sociedad Polaca de Música Contemporánea. Además trabaja en la Escuela Nacional de Música por lo que, asimismo, es dueña de su propio capital económico.

Magdalena es una mujer segura de sí, una innovadora que busca nuevos sonidos y nuevas técnicas en la expresión musical. No teme exponerse a la vida ni en el campo profesional donde se encuentra desafiando los cánones de la estética musical, ni en lo personal, aspecto en el cual no desea establecer vínculos que la aten y le impidan realizar sus metas.

El *habitus* de la protagonista transgrede las normas tradicionales. En la subjetividad de la protagonista, la imagen de madre y esposa, del *ser para otros* no se encuentra, como tampoco se encuentra la culpa por un placer erótico experimentado en relaciones abiertas, ni la soledad vivida como castigo. Al contrario, resignifica estos elementos simbólicos en función de la búsqueda del conocimiento y de su realización como profesionista desafiando los valores y normas que como persona y como creadora le impone el *habitus*. Se encuentra feliz y satisfecha, llena de sí y de su música.

Magdalena establece una relación amorosa de carácter intermitente, el arreglo la satisface, le permite conservar su autonomía, su independencia emocional y la relación con los amigos. Es una relación fuera del matrimonio, él es casado, pero esto no le crea conflicto puesto que ella ha roto con la imagen de mujer en relación simbiótica con el *otro*.

La anécdota se refiere a la pérdida de la independencia de Magdalena cuando ella se enamora. La relación destruye ese equilibrio armónico que ella ha resignificado y recreado en su relación consigo misma y con el contexto social. Aceptar la relación significa la subordinación de sus necesidades con respecto a las del amante, la intromisión de éste en su espacio vital y de creación, y el aceptar que norme sus relaciones con los otros. Es en este sentido que se establece la lucha por el capital, por imponer cada uno su visión del mundo, y dado el *habitus* de masculinidad de orden sumamente tradicional del amante, no existe posibilidad de negociación.

Al apropiarse Javier de la energía vital, producto de la actividad artística, también se ha apropiado de la energía derivada del placer erótico, era como si todos sus sentidos se encontraran mutilados. Magdalena desea terminar con esa relación. Sin embargo, no logra tomar la determinación, el mandato del *habitus* es tan fuerte que aún sin cumplirlo, en el nivel de lo simbólico le es difícil escapar de él.

El *habitus* de femineidad que la sociedad transmite es la de una mujer con un hombre al lado que la proteja y la cuide; una mujer sola está incompleta, de tal manera que las mujeres frecuentemente aceptan relaciones que no las satisfacen con la ilusión falsa de encontrar esa protección. La protagonista se debate entre el deseo de dependencia culturalmente transmitido a través de un conjunto de símbolos tradicionales y su propia necesidad de autonomía. Esto representa un dilema entre una supuesta seguridad y la incertidumbre que representa exponerse a la vida como sujeto de deseo.

La relación con el amante se rompe como resultado de una crisis genérica de Magdalena en la que ella elige para sí: el paseo tranquilo y relajado por la playa y no el dejarse arrastrar por la tormenta a la que la relación con Javier la llevaba, una que le coarta la capacidad de decidir sobre su vida, de perseguir sus sueños y, sobre todo, que le impone un ritmo de vida que no es el

propio. En el momento que el amante le dice que decide abandonar a su familia y le propone matrimonio, ella le informa a Javier de la ruptura y de su decisión de irse a Polonia al Festival de Cracovia del Círculo de Jóvenes Compositores. El hombre no entiende, le está ofreciendo cambiar su vida y esta mujer lo rechaza:

Magdalena sólo podía imaginar una vida, y aquélla a la que Javier la estaba conduciendo, no era la suya. Tenía ganas de echarse a caminar, no a correr, descalza y libre, por la orilla de alguna playa, pero no bajo una tormenta ni hasta el cansancio.<sup>23</sup>

Magdalena elige y al hacerlo logra resolver el conflicto entre el contexto objetivo y subjetividad, la cual reconstruye retomando sus valores y sueños. Recupera el equilibrio y la armonía y se encuentra con la sensualidad a flor de piel. La paz y la serenidad que el reencuentro le proporcionan, bien valen el dolor y el gozo de construir nuevos caminos, de ensayar nuevos *habitus* de femineidad, de ensayar nuevas formas de relación de pareja que no impliquen la posesión y el dominio del varón sobre la mujer; y en el campo de lo artístico de crear nuevas formas de armonía.

La resignificación que Magdalena realiza de la objetividad subvierte el orden social y el lugar que la mujer ocupa en él, deja abierta la puerta a la construcción de la utopía en el sentido de que para Magdalena la soledad es auto-elegida y no representa un castigo sino el espacio para la creación. A lo largo del cuento se da una preocupación de las lectoras por la decisión que Magdalena va a tomar y provoca curiosidad el futuro de la protagonista, que se avizora como positivo. Sin embargo es difícil identificarse con ésta, puesto que a la protagonista se le ubica en el campo del arte, un ámbito inaccesible todavía para la mayoría de las mujeres y además en el imaginario simbólico, los artistas se encuentran estereotipados bajo imágenes de extravagancia o

---

23 Silvia Molina, «La tormenta», En *Un hombre cerca*, Cal y Arena, México, 1992. p. 54.

esnobismo. Sin embargo, como estrategia es efectiva puesto que permite aceptar con naturalidad situaciones que de otra manera no serían imaginables. Esto es un primer paso en la resignificación de los símbolos.

Por otra parte, Magdalena reconstruye su identidad rompiendo con el *habitus* tradicional de femineidad, sin negociar con el contexto social. Se encuentra en una situación de enamoramiento consigo misma pero sola en el recorrido, sin la amistad y acompañamiento de otras mujeres. Quizá el costo más alto para las potenciales lectoras modelo pudiera representarlo este tipo de aislamiento o marginación de otras mujeres que al verse reflejadas en un espejo hecho añicos, prefieren cerrar los ojos y permanecer en la seguridad de la dependencia; negándose a la resignificación de los signos y rechazando la imagen de *otra manera de ser mujer* que corre sus riesgos, debiendo aprender, en este proceso, a enfrentar la libertad y la responsabilidad que ello conlleva.

## CONCLUSIÓN

Las propuestas para la construcción de una sociedad alternativa implican la revisión de estas cuatro esferas sobre las cuales descansa la desigualdad de las mujeres. El cambio de las esferas debe de ser paralelo porque de no ser así, se daría el reforzamiento de las otras sobre aquella que esta violentando al *habitus* tradicional.

Esas cuatro esferas tal como las señala Espina se refieren a los aspectos de sexualidad, reproducción, producción y socialización. La desigualdad de las mujeres radica en la construcción del *habitus* de la femineidad como *ser para los otros*. Esta apropiación las construye como seres de la esfera reproductiva y les limita y obstaculiza el derecho a la realización personal y productiva. Lo anterior se legitima a través de ciertas concepciones de lo femenino y masculino que se asumen como

de naturaleza biológica y que se reproducen a través de un proceso de socialización cuya tarea es la divulgación de símbolos tradicionales que regulan las relaciones entre personas de distinto sexo en un mismo grupo social<sup>24</sup>.

El terminar con esta estructura implica, consciente o inconscientemente, un deseo y una lucha de la mujer por el acceso al capital rompiendo con la dependencia respecto al varón no sólo en lo económico o social sino sobre todo en lo emocional. De hecho, esto representa la ruptura en lo político puesto que lleva consigo una redefinición del poder a partir del reconocimiento del cuerpo como sexuado, esto es, de que no es lo mismo experimentar el mundo en cuerpo de varón o en cuerpo de mujer puesto que ambas construcciones de género responden a *habitus* distintos mediados por una relación de poder que es ostentada por el varón. Así lo que se requiere es una redefinición de un discurso de lo social que sea inclusivo de ambos sexos y no que bajo una falsa complementariedad excluya a las mujeres como sujetos.

En esta lucha por la autonomía las mujeres tienen que partir de su experiencia personal en el aquí y el ahora, con el bagaje histórico y social que cada una lleva a cuestas. Tienen la mirada fija y crítica en la sociedad y en el conjunto del capital (bienes simbólicos) que las han construido como mujeres, pero a la vez recorren creativamente el escenario buscando, creando y negociando alternativas en la construcción personal de otro *habitus* de la femineidad.

Catalina y Magdalena desafían el *habitus* tradicional de mujer que se constituye a partir de sus roles de esposa y madre. No son mujeres abnegadas ni sumisas y poseen un proyecto de vida personal, independiente del varón. Disfrutan de su sexualidad, con ese goce buscado que proviene de todos los sentidos, con esa

---

24 Gioconda Espina, *La función de las mujeres en las utopías*, DEMAC, México, 1991. pp. 23-25.

sensualidad aprendida como producto de la curiosidad y del permanente asombro ante la potencialidad vital y creativa que emana del cuerpo, cuando éste es aceptado como el mejor aliado y no como aquella materia que aprisiona su energía. Son mujeres transgresoras porque no se rigen por el capital cultural (concepciones morales y religiosas) que define la sexualidad erótica femenina. El ejercicio de la sexualidad no se rige por fines reproductivos sino que responde a un deseo y necesidad de experimentar placer. Catalina y Magdalena poseen un erotismo que les permite experimentar placer sin la necesidad de un lazo institucional y sin la dependencia emocional hacia el *otro*.

Catalina ha experimentado la maternidad pero lo hace desafiando a las instituciones que han generado ese conjunto de símbolos y concepciones tradicionales siendo objeto a su vez de la violencia simbólica, aún así, llegado el momento decide controlarla, si bien supervisa el cuidado y educación de los hijos. Posteriormente, Catalina les otorga libertad y confianza, acepta y respeta las decisiones de éstos, y en general establece una relación con sus hijos y con los hijos del marido de persona a persona sin hacer distinciones entre ellos, llegando inclusive a aceptar, en respetuosa y tolerante complicidad, la relación como pareja de dos de los hijos del marido. Catalina no se adecua a los valores, normas, roles y expectativas del rol que el contexto socio-cultural ha consagrado e incorporado en el *habitus*. Tampoco reproduce estos patrones en los hijos sino que los trastoca. Es la que representa de mejor manera la transgresión y el proceso de subversión debido al momento histórico en que se sitúa el relato y a que por su calidad de ama de casa (aunque de un sector social privilegiado) se encuentra más cercana a la experiencia de la mayoría de las mujeres. Catalina no se asume como transgresora y no toma una actitud de víctima replegándose en la pasividad, sino que recupera fuerzas para seguir adelante. No pierde de vista el papel que la cultura le ha asignado como mujer y lucha por realizarse como sujeto de deseo. El conflicto y enfrentamiento

entre objetividad y subjetividad le permite ser audaz cuando las condiciones se lo permiten y protegerse cuando el dolor, producto del atrevimiento, es tan fuerte que requiere de sanar para poder continuar. Sin embargo, dado el contexto histórico y las condiciones objetivas en que vive no le es posible romper con el cerco de la dependencia, por ello la solución del conflicto se da con la muerte del marido y no por un acto de voluntad personal.

Magdalena no contempla como posibilidad el ser madre y esposa, valora ante todo su libertad. Está dedicada a la música, requiere de su tiempo y energía para estudiar, viajar y crear cuando su propio ritmo se lo demande. Alcanzar su meta le requiere un doble esfuerzo porque su música es prácticamente desconocida en México. Es egoísta consigo misma y no desea compartirse con otros a menos que ella así lo decida y en los momentos que ella lo determine. Es una mujer autónoma que no permite que ninguna circunstancia objetiva la aparte de su camino. Representa a un nuevo tipo de mujer que ha trabajado profundamente su subjetividad: es independiente, vive y viaja sola, es profesionista, y tiene acceso a becas en otros países. Es una mujer sin temor de exponerse a la vida y asume la responsabilidad de sus acciones. A pesar de ello, en el momento del enamoramiento los elementos simbólicos culturales, que establecen que una mujer sola es un ser incompleto, son tan fuertes que está a punto de perder su autonomía. El enamoramiento representa el peligro de la consagración del *habitus*, pero ante el conflicto entre objetividad y subjetividad, al elegir para sí y no para el otro, cruza con ello el umbral y se dirige a la construcción de otra manera de ser en la que ella pueda imponer sus propias reglas de vida y de creación, el texto no indica más acerca de las posibles características de esta nueva mujer, lo único que queda claro es que cuando la mujer elige para sí, el costo es la soledad, ejercida como violencia simbólica. Sin embargo, una característica de esta nueva mujer es la resignificación que Magdalena realiza del concepto «soledad» y la relación que establece consigo misma que le

permite alimentarse, fortalecerse y reconstruirse desde la propia piel y mirada. La soledad no es ya un castigo sino un espacio que puede ser creativo y gozoso: se convierte en amiga y aliada.

Las protagonistas buscan constituirse como sujetos de deseo, son mujeres con sueños y aspiraciones propias que desean incidir y modificar la realidad, construyendo otra que les permita la realización y el reconocimiento personal más allá de los límites impuestos por el *habitus* de la femineidad.

Surgen una serie de preguntas: ¿Cuál sería el contenido de un nuevo *habitus*?, ¿cuáles son los riesgos a correr?, ¿de qué manera afectaría la relación de pareja, con los hijos y con el contexto social?, ¿cómo negociar, y cómo protegerse y fortalecerse en este recorrido? Este universo de posibilidades es más fácilmente observable «empíricamente» en la literatura y es desde la seguridad que brinda este espacio de donde es posible tomar pautas a seguir. ☉

